

El *vino* en
El Prado



El *vino* en
El Prado



COMPARTIENDO TRADICIÓN, GENERANDO CONOCIMIENTO

Vino y Arte

Alexandre Schmitt

No importa tanto el arte en sí mismo como la relación que tenemos con él. Lo que cuenta no es saber si la obra que atrapa la mirada se distingue o no por su genialidad, sino saber si nos gusta, nos desagrada o nos deja indiferentes. Se trata de conocer nuestro gusto, apropiarnos de él en lugar de dejar que nos lo impongan los críticos. Lo mismo ocurre con el vino. No hay reglas de oro que permitan afirmar que un vino o una obra de arte alcanzan la perfección. Sólo hay diferencias, mundos estéticos distintos, distantes y contradictorios, cuya diversidad hace las delicias de quien los transita.

Ante los cuadros de un museo, como ante las botellas que un buen anfitrión dispone con cuidado en la mesa, esperamos la sorpresa, la emoción que detiene el tiempo y aviva el alma y los sentidos. Es un encuentro. Depende tanto de la calidad del vino como de nuestro estado para recibirlo. Algunos días somos impermeables al mundo, la mente se aísla, encerrada entre cuatro paredes; otros días, en cambio, la capacidad de emocionarnos surge como la luz en el hueco del cielo. En cuanto nos llevamos a los labios un vaso de Sauvignon o de Irouléguay blanco el sutil mecanismo de las sensaciones se despierta. La acidez invade la boca y llena de un fuego delicioso las papilas, aromas de frutas exóticas se despliegan como una vegetación exuberante, el brebaje está tan saturado que se cruzan en desorden imágenes de hierbajos, rocalla y boj. Pero el placer no acaba, abandonamos sin vacilar el vaso por la caricia más aterciopelada de un Gevrey-Chambertin o de un Pommard. Taninos sutiles y ligeros nos asaltan por oleadas, reminiscencias de frambuesas frescas y grosellas acuden desde las cavidades profundas de la memoria. Caminantes infatigables, tomamos otros derroteros, bebiendo otro caldo más rico, voluptuoso, provisto de una gran intensidad aromática, de los que se cultivan en Rioja o en la Ribera del Duero. El placer podría terminar ahí, detenerse a la orilla del río, pero nos perderíamos la embriaguez y la sensación prolongada de un Oporto, con sus aromas de nuez y de especias que se van desgranando en el paladar. El placer nace de la variedad de las sensaciones, de su extraordinaria diversidad. El arte no desmiente en absoluto este modelo. Para convencerse basta ir de un Murillo a un Velázquez, de un Goya a un Picasso. Si los museos de este mundo tuvieran un solo tipo de pintura, cualquiera que fuese, nos haríamos enseguida de ella.

En cambio, en el mundo del vino podría atisbarse este siniestro horizonte. La globalización de los mercados y el dictamen de los críticos han construido un gusto único, el de los vinos intensos, exuberantes, ricos, coloridos, excesivamente concentrados. Las notas de caramelo y de vainilla han invadido las copas, los aromas de maderas secas ocultan los matices florales, la esencia de los aromas afrutados queda reducida a la mínima expresión. No hay por qué criticar este tipo de vino. Es una tendencia como cualquier otra. El problema no estriba en su carácter, sino en la desaparición progresiva de todos los universos aromáticos en favor de uno sólo ¿Dónde han quedado los caldos femeninos, en los que la elegancia de los taninos convertían el vino en encaje? ¿Dónde están los grandes tintos con acentos de sílex y de tiza que hasta hace poco producían las mesetas calcáreas?

De algunas viñas salen vinos con cuerpo; la arcilla del suelo, la exposición al viento y al sol y la cepa confieren intensidad y fuerte personalidad a los grandes caldos. ¿De qué sirve reproducirlos en los cuatro rincones del mundo? ¿Por qué imitarlos y unificar los vinos de manera artificial? ¿Qué habría ganado Miró remedando a Picasso? Seguramente habría perdido su poesía, su universo festivo, gozoso, lúdico y colorista. Pero también su identidad, su singularidad, su diferencia. Además siempre se imita con mayor o menor fortuna. El propósito del artista es muy distinto, el contrario. Se trata de extraer toda su singularidad, ser lo más posible él mismo, vaciarse de todo aquello de lo que otros le han llenado y descubrir un mundo interior que sólo él posee. Quizá plantear así las cosas nos permita entender mejor la importancia de los vinos de *terroir*. Una expresión un poco abstracta para catalogar unos vinos que prefieren contar una historia, su propia historia, la de su tierra, su clima, sus cepas. Caldos que reivindican su excepción, que se resisten a la uniformización y a la generalización del gusto del vino, a la hegemonía intimidatoria de los defensores del orden.

Evidentemente, esto implica otro enfoque. Desde ese momento, el viticultor deja de situarse como un gran señor. Lejos de las modas y de las certezas adquiridas, se convierte en humilde intermediario de la naturaleza, desaparece ante ella. Su única obsesión es traducir el espíritu del *terroir*, deja que se expresen los suelos ácidos, compactos o ligeros, los inviernos duros y las primaveras repentinas, las sequías y las precipitaciones. Acorde con el tiempo y sus invenciones, se empeña en que cada vendimia relate una poesía diferente, ofrezca un nuevo placer. Ha entendido que la magia del vino estaba ligada a la noción de identidad, más aún, que ésta se veía amenazada, en perpetua gestación, obligada a mostrar cada añada sus mil facetas. En el silencio de las raíces y la conversación de las hojas, el viticultor se une a la estirpe de los grandes poetas, solo atiende a la fe que tiene en sí mismo, conocedor de que las experiencias auténticas son las únicas que construyen una verdadera libertad.

Ahora bien ¿los viticultores son artistas? Hacerse la pregunta nos aleja sin darnos cuenta del tema. Pero detengámonos en algunas figuras de artistas o de viticultores de cuya actividad emana una autenticidad indiscutible. Ambos comparten un mismo universo de humildad. Al fondo del taller o la bodega tienen que traspasar las mismas barreras, las de la ilusión y el falso saber. Ambos están animados por un mismo aliento, el mismo impulso invencible, el mismo deseo de aportar al mundo el fruto de su trabajo. Las analogías son numerosas. Sin embargo, hay una diferencia de naturaleza que distingue una botella de vino del cuadro de un maestro. De algún modo, notamos que no pueden resistir la comparación. Lo que nos requiere el vino es el placer, la embriaguez, el tiempo compartido, mientras la obra de arte, más allá de su primer impacto, parece tender un espejo, una forma de conocimiento. Lo uno invita a una relación carnal, mientras lo otro nos remite a una soledad metafísica. Esto puede resultar esquemático para algunos, pero la obra de arte induce a un cuestionamiento que una botella de vino nunca suscitaría. En un mundo que se hurta a la comprensión y donde el ser humano busca en vano su estatuto, viene a colmar una carencia ontológica. Lo adivinamos de manera instintiva, en la pintura de Chagall o en la poesía de René Char, en toda conducta creadora abierta a una aprehensión más allá de la propia obra, que la lleva más allá de su propósito.

Si el vino es una expresión de la naturaleza, la obra de arte es un reflejo del ser. Y el artista es ese intermediario extraordinario que nos lo deja entrever. Descendiendo gradualmente, adentrándose en su propia oscuridad, se enfrenta a sus monstruos, procura sorprenderlos y conjurarlos. Parco en su quietud, abandona todo refugio. Sin salvación posible, aspira al ser, al ser que se descubre en el recorrido de su arte. Sin otra luz ni guía, sino él mismo, avanza a tientas por los aposentos de la duda y la angustia. Y sin embargo, qué horizonte, qué atalaya prometida para quien ya no teme perderse...





Edita

FUNDACIÓN PARA LA CULTURA DEL VINO

Plaza del Perú, 1.- Esc. Izda. 1ºA. - 28016 Madrid

Tel.: 91 343 07 08 - Fax: 34 91 345 35 25

e-mail: fundacion@culturadelvino.org

www.culturadelvino.org

Presidente

Guillermo de Aranzabal

Vicepresidente

Luis Miguel Beneyto

Gerente

Emilio Castro Medina

Textos

Turner

Imágenes

Museo Nacional del Prado

Diseño y maquetación

Magic Circus

Imprime

Javelcom Gráfica